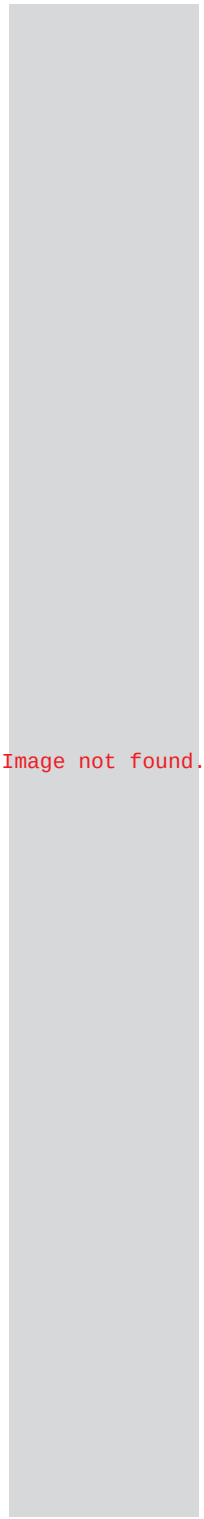
Una foto movida

Leonardo Farias



Capítulo 1

Una foto movida

Esteban había estado esperado ese día con tanta ansiedad que vaya uno a saber cómo logró sortear los días previos sin, literalmente, morderse los codos. El viaje a Barcelona con Ana lo habían planificado durante meses. Una preparación puntillosa. Una prolijidad en el cálculo del presupuesto, en los tiempos de viaje y los de parada, en cada ciudad, las horas de sueño para poder estar óptimos. Todo programado. Todas las 24 horas de los 18 días desde el momento que el vuelo saldría desde Buenos Aires. Todo calculado.

Pero ese día, por alguna razón, el despertador no sonó. Ambos se quedaron dormidos. Cuando Ana entreabrió los ojos y vio la hora saltó de la cama como un canguro y golpeó la mesita de luz: cayo el vaso de agua, el velador, las pulseras, los aritos y todo desparramado en el piso. Ahí nomás con el kilombo despertó Esteban. Se miraron. Paralizados quedaron. Huérfanos por un instante de acción y reacción pero por esas cosas que tienen algunas personas, la presión los pone en movimiento, los ilumina Dios y arrancan con la tenacidad inquebrantable en las situaciones más adversas.

Esteban al mando tomó el celular y llamo a Román, el portero del edificio. Le dijo que le dejaba la llave del auto, que le dejaba el auto en garaje y que se lo cuide porque si no cuando vuelva lo mata. Román sabiendo del viaje y sospechando que estaban en problemas le dijo que si y cuando iba a preguntar dónde estaba la comida del perro, Esteban le corto.

Entonces, tiempo ganado: en lugar de dejar el auto en el estacionamiento de Ezeiza para que su padre lo retire, Esteban pensó: Taxi y al aeropuerto. Casi como si fuese una secuencia de un film en cámara rápida la pareja actuó: tomaron el equipaje casi en pijama, Salieron del edificio, hicieron una corrida por av Segurola, pararon un taxi, a los gritos le indican al chofer donde ir, el taxi a toda velocidad, semáforos en rojo, autopista, Ezeiza, bajan, pagan y si, Check In casi cerrando pero logran el objetivo: ya están adentro. Ya están en el salón de entradas. Ya casi sin aliento se miran y ríen a carcajadas.

Lo lograron. Entonces Ana le dice de sacarse una foto para dejar ese raid inmortalizado en una imagen para la posteridad. Esteban le dice que si. Entonces toma el celular, apunta y tira una selfie que, por los nervios, lamentablemente salió movida.

FIN